ENTREGA DE LA GLOBAL CITIZEN MEDAL

Chapman University

Condado de Orange

15 de mayo de 2004

Al encontrarme hoy entre ustedes no puedo dejar de mencionar a alguien que se graduó en Chapman y que durante 25 años presidió el patronato de la Universidad. El Embajador Argyros es un excelente representante de su país en España. Pero no sólo eso. Representa la amistad entre nuestras dos naciones y la comunidad de principios que compartimos. Quiero agradecerle públicamente su labor y lo mucho que ha hecho para que las relaciones entre Estados Unidos y España hayan alcanzado en estos años su punto máximo.

Hace pocas semanas que he dejado de ser Presidente del Gobierno de España. Yo no sé si ya habré conseguido poner ese tono de voz que usan las personas que han sido… Tendrán Vdes. que disculpar mi inexperiencia. Estoy aprendiendo mi nuevo oficio.

Pero quiero decirles que esta noche me siento muy a gusto, me siento entre amigos. Y también me siento impresionado por la sesión que he compartido esta misma tarde con estudiantes de esta Universidad. Además de pasar con ellos un rato muy agradable, me han demostrado un interés y un conocimiento de la historia de España, de sus instituciones y de su actualidad que revelan la alta calidad de la educación que reciben en la Universidad Chapman.

Quiero felicitar por ello a la comunidad educativa que ustedes representan. A la vez, siento una gran alegría por comprobar que, gracias a jóvenes como ellos, el futuro de las relaciones entre nuestros dos países está en buenas manos.

Para cualquier español que recorra California, la sola visión de los nombres de sus ciudades y pueblos, los nombres de las calles y avenidas, convierte en inexistente la distancia geográfica que nos separa.

España es un país situado a miles de kilómetros de California, pero que está unido a ella –y a todas las Américas– por siglos de historia común. Estamos unidos por la presencia de millones de personas que mantienen viva la lengua española. Unidos también porque compartimos los mismos valores de libertad, por compartir la absoluta prioridad de los valores humanos.

Esta noche me gustaría exponerles, aunque sea brevemente, mi visión de mi país, de las relaciones entre España y América, y de cómo creo que deberíamos trabajar juntos.

Siempre he creído en España y en sus posibilidades. A lo largo de estos ocho años en el Gobierno he querido que mi país fuera cada vez más moderno y avanzado. He querido demostrar que España no era ninguna excepción y que podía progresar como cualquier otro. Tan sólo necesitaba unas políticas acertadas.

Cuando llegué al Gobierno, en 1996, trabajaban en España poco más de 12 millones de personas. Hoy son más de 17 millones de trabajadores. Más de cinco millones de nuevos empleos. La mitad de los creados en toda Europa en estos años. Casi un tercio de los empleos creados en toda la historia de mi país. El PIB español es hoy un 64 por ciento más alto que hace ocho años. Nuestro déficit público era el 6 por ciento del PIB en 1996. Hoy existe superávit

presupuestario. Entonces los tipos de interés reales eran del casi el 10 por ciento. Hoy son del 2 por ciento. Hoy España, un país de 43 millones de habitantes, es la octava economía del mundo.

Hemos demostrado que en España, como en cualquier otro país, se necesitan dos cosas para progresar: instituciones democráticas sólidas y estables, y buenas políticas.

Creo que es una receta sencilla. No hay detrás ningún secreto, ningún milagro ni ningún fenómeno de la naturaleza. Estoy convencido, además, de que lo que ha funcionado en mi país puede funcionar en cualquier otro lugar del mundo.

Aquí, en Estados Unidos, puede resultar absurdo hablar de democracia estable. Ustedes, junto con el Reino Unido, representan la continuidad secular de las instituciones basadas en la libertad individual. Pero, como bien saben, lamentablemente la continuidad institucional no es el elemento dominante en el mundo.

Durante estos últimos años mi país ha demostrado que puede estar, por su propio esfuerzo, entre la vanguardia de las democracias. Lo hemos demostrado no sólo con nuestro progreso económico y social, sino asumiendo nuestra responsabilidad como participantes de la comunidad de valores que representa la Alianza Atlántica.

En mis ocho años de gobierno he trabajado por fortalecer la relación atlántica. Lo he hecho primero con la Administración del Presidente Clinton y más tarde con la del Presidente Bush. Lo he hecho porque creo que esta relación no debe estar condicionada por el signo

político de los gobiernos, sino en todo caso por una visión compartida sobre la responsabilidad y el papel que tenemos que representar en el mundo.

Antes de ganar mis primeras elecciones me comprometí a no estar más de ocho años en el Gobierno. En España no es un requisito constitucional, pero estaba y estoy convencido de que era una buena aportación a la regeneración política que mi país necesitaba. Hoy ya no estoy en el Gobierno, pero voy a seguir trabajando por el vínculo atlántico. Un vínculo que creo que es beneficioso no sólo para España, sino para el conjunto de Europa.

Estoy convencido de que el trabajo conjunto de estadounidenses y europeos es imprescindible. Es un trabajo necesario para que el mundo sea un lugar más libre, más seguro y más próspero. Cuanto más conscientes seamos todos de ello, más haremos por estrechar nuestros lazos y fortalecer nuestra alianza.

Nuestro planeta no es el lugar idílico que se pensó con la caída de las dictaduras comunistas y el fin de la guerra fría. La realidad del terrorismo como la principal amenaza para el mundo libre se ha hecho brutalmente visible con atentados como los del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y el 11 de marzo de este año en la capital de España.

2.900 personas en América, y 200 en mi país fueron asesinadas aquellos días. Nunca las olvidaremos. Y su recuerdo debe hacernos siempre más fuertes. Debe ser siempre el apoyo para nuestras

convicciones. Apoyo para recordar por qué murieron. Qué quisieron destruir los terroristas además de sus vidas.

Aquel 11 de septiembre, mi país quiso mostrar al pueblo norteamericano su solidaridad. Durante décadas habíamos sido una nación atacada por el terrorismo. Conocíamos el dolor de las familias. Conocemos el peligro de dejarse vencer por el miedo. Conocemos la peligrosa tentación de pensar que el terrorismo puede ser apaciguado con concesiones.

Creo que en esos momentos debemos recordar las palabras de Benjamín Franklin, cuando decía que "*quienes pueden renunciar a su libertad esencial para obtener una pequeña seguridad temporal no merecen ni libertad ni seguridad*". No las merecen y –añado yo- no las tienen. No hay libertad ni seguridad si dejamos creer a cualquier fanático de cualquier lugar del mundo que unas bombas sirven para conseguir objetivos políticos.

Conozco el terror. Lo he visto muy de cerca y siempre lo he combatido. Lo he sufrido personalmente. He visto caer a muchos compañeros, amigos y compatriotas. He abrazado a muchos familiares de personas asesinadas y he visitado a muchos heridos tras atentados.

En nuestra lucha contra el terrorismo muchas imágenes se han quedado grabadas en mi mente. Una de ellas es la de un funcionario de prisiones, José Ortega Lara, que estuvo secuestrado 532 días. Encerrado en un agujero donde apenas podía ponerse de pie. Fue liberado en una brillante operación de la policía española.

Su rostro y todo su cuerpo demostraban dolor, sufrimiento y tortura. Pero no se había doblegado. Mantenía su dignidad y su entereza.

Siempre he pensado que el terrorismo no se derrota huyendo de ningún sitio, sino enfrentándose a él con todos los instrumentos que proporciona la ley. Siempre he pensado que es un terrible error buscar la responsabilidad del terror en causas como la pobreza o la injusticia. La responsabilidad de los crímenes es de los criminales. Lo que buscan los terroristas no es reparar ninguna injusticia, sino llevar la tiranía de su fanatismo a las sociedades libres.

Convencido de esos principios, como Presidente del Gobierno ofrecí la solidaridad y la ayuda de España al Presidente Bush.

Creo que el Presidente ha hecho lo que tenía que hacer. Ha asumido su liderazgo y ha tomado decisiones difíciles. Algunas las he vivido de cerca y las he apoyado, porque creo que eran necesarias. Comparto los principios que defiende y la necesidad de trabajar por un mundo donde los agresores paguen y los dictadores no puedan amenazar impunemente.

Le ofrecí ayuda para luchar juntos contra el terrorismo en Afganistán, en Iraq o donde fuera necesario. No entiendo que pueda existir una alianza donde sólo una parte ayude y la otra sólo reciba. Entiendo las alianzas como relaciones recíprocas. Europa lleva años recibiendo la ayuda y la seguridad que Estados Unidos proporciona. Ahora que las amenazas vienen de otros lugares y de otras organizaciones no entiendo por qué alguien piensa que eso sólo debería importarles a los norteamericanos.

La lucha contra el terrorismo será larga. Pasaremos malos momentos. En cada uno de ellos oiremos a quienes quieran cometer los errores de la huida, del desistimiento o de las concesiones. Pero tenemos que mantenernos firmes si queremos que perviva la democracia y el modo de vida libre. Los terroristas quieren sociedades cerradas, con costumbres obligatorias. Nosotros queremos sociedades abiertas en las que cada uno pueda decidir sus creencias y sus costumbres. Merece la pena defenderlo.

El vínculo atlántico, nuestra unión, es la libertad. No puede haber causa más noble por la que trabajar y luchar.

La expansión de las libertades por el mundo debe ser un objetivo fundamental de las naciones atlánticas. La libertad es un valor universal. También en Oriente Medio y en el Iraq de hoy.

América debe su prosperidad a la libertad. También España, gracias a contar con mayores espacios para la libertad, ha progresado en los últimos 25 años como nunca antes en su historia.

Lo ha dicho en noviembre pasado el Presidente Bush: "*creemos que la libertad - la libertad que valoramos - no es sólo para nosotros; es el derecho y la capacidad de toda la humanidad*".

Creo que nuestras dos naciones deben trabajar juntas. España puede colaborar con Estados Unidos en áreas tan importantes, y tan cercanas a los californianos como es Iberoamérica.

Nuestros dos países tienen con este continente lazos históricos y culturales que van más allá de los puros intereses. También debemos tener muy en cuenta que somos los dos primeros inversores mundiales en el continente. Ambos podemos colaborar con nuestros hermanos iberoamericanos en su fortalecimiento institucional, en la estabilidad política y en la apertura comercial.

Creo que otro ámbito donde la colaboración es deseable entre ambas orillas del Atlántico es el del libre comercio. Hace unos meses propuse la creación de un gran espacio económico, financiero y comercial entre Europa y los Estados Unidos, de aquí al año 2015. Reiteré esta propuesta el pasado 4 de febrero ante el Congreso de los Estados Unidos en Washington y hoy la recuerdo porque estoy convencido de que contribuiría de manera notable a la prosperidad y bienestar de nuestros ciudadanos. Un área de libre comercio que vaya desde California hasta Polonia es un sueño al que no debemos renunciar.

Pero la colaboración más importante en estos momentos es la de trabajar juntos por la libertad.

Fortalecer nuestras relaciones es trabajar por un mundo mejor. Un mundo donde la agresión no quede impune. Un mundo donde impere la ley. Un mundo donde cada persona pueda llegar tan lejos como le permitan sus méritos y su esfuerzo. Un mundo donde los gobiernos no tengan más objetivo que trabajar por la libertad, seguridad y prosperidad de sus ciudadanos.

Creo que son ideales por los que merece la pena trabajar.